

Esta partitura revela el cultivo de una escritura imaginativa y correcta, inscrita dentro del estilo clásico europeo [...] en la cual la influencia de Joseph Haydn es más que evidente, pues se trata de un juego de tres variaciones dobles, estructura desarrollada por Haydn en dos de sus sonatas (Hob. xvi/22 y 40) y en sus *Variaciones en Fa menor* (Hob. xvii/6). Asimismo, la escritura amplía de algunas líneas melódicas acusa un gusto particular por la ópera italiana, en particular por Rossini, a quien Elízaga admiraba profundamente.

Es muy interesante el juicio que Ricardo Miranda expresa acerca de esta obra de Elízaga que tuvo la fortuna de hallar:

El hecho de poseer hoy una partitura de carácter profano [...] pone al alcance de los músicos interesados una obra significativa del repertorio mexicano. Además de que estas variaciones incrementan el conocimiento sobre Elízaga y su música, se trata de una de las partituras más interesantes de su época que conozcamos, tanto por su estructura intrínseca como por su valor histórico. Las *Últimas variaciones* se inscriben dentro de un estilo musical que vive su auge durante los últimos 20 años del siglo XVIII y que continúa por otros 30 años, aproximadamente. A grandes rasgos podemos definir este siglo como el del clasicismo mexicano, es decir, como la época en la que el estilo y el gusto musical se ven profundamente marcados por la influencia del clasicismo vienes —en particular por las obras de Joseph Haydn— y por la música italiana representada por Domenico Cimarosa y Gioacchino Rossini.

A primera vista resulta un tanto paradójico que el estilo clásico haya permanecido en el gusto musical de la época sin que los eventos de 1810 a 1821 hayan dado lugar a un cambio en la estética musical. Sin embargo, es necesario recordar que el cultivo de la música europea en el nuevo país fue una actitud deliberada, consecuencia de los problemas políticos que afectaron nuestra nación en aquel